

Dilemas de la post-guerra de Irak

Demetrio Boersner

De marzo a abril de 2003, la guerra de Irak constituyó el tema predominante ante la opinión pública mundial. Junto con el desenvolvimiento del conflicto mismo, se plantearon los problemas del futuro papel de la ONU, de las fisuras en el seno de la Unión Europea y de la OTAN, y del puesto de Turquía entre Occidente y el Oriente Medio. También el conflicto israelo-palestino, indirectamente vinculado a la guerra de Irak, siguió suscitando el interés de los observadores internacionales. Dejamos para el mes próximo la evolución latinoamericana.

La guerra de Irak siguió su curso, con una rapidez algo menor de la prevista por sus planificadores norteamericanos y británicos. Haciendo caso omiso de las opiniones de diversos expertos, el presidente Bush y sus asesores de confianza se habían imaginado que el pueblo de Irak entendería que las operaciones militares no iban dirigidas contra él, sino únicamente contra el régimen del tirano Sadam Husein, y que por ello recibiría con alegría a las tropas invasoras. Opinaban asimismo, que la resistencia militar y para-

militar iraquí sería débil y colapsaría en pocos días. En lugar de ello, se encontraron con sectores de la población y de las fuerzas armadas iraquíes dispuestos a defender tenazmente su territorio nacional. Al mismo tiempo los bombardeos resultaron algo menos efectivos, y causantes de un mayor número de bajas civiles, de lo que se esperaba. Ante ello, el gobierno estadounidense no tuvo reparos en admitir que la guerra podría ser algo más larga de lo que se imaginaba, y que podría ser necesario movilizar hacia Irak por lo menos una división más de las previstas. Aunque de ello no se ha hablado, previsiblemente también será superior a lo estimado el número de muertos y heridos del lado de la coalición que, además de soldados norteamericanos y británicos, incluye también a australianos, a polacos y, por supuesto, a los afamados guerreros gurkhas. Tal aumento de las pérdidas humanas aliadas afectaría negativamente a la opinión pública y parlamentaria tanto estadounidense como del Reino Unido.

Sin embargo, en la tercera semana de la ofensiva, ésta se aceleró, y se alcanzó el objetivo de capturar al aeropuerto de Bagdad e iniciar la toma de la capital iraquí. Ello tuvo un efecto político considerable a lo largo y ancho del mundo. Muchos manifestantes contra la guerra perdieron el ánimo, y sobre todo se "desinfló" un tanto la disidencia oficial de algunos gobiernos occidentales de la línea seguida por las potencias anglosajonas. Ante la virtual certeza del éxito militar de George W. Bush y de su gobierno, el presidente de Francia (barómetro fiel de las variaciones del clima político mundial) abandonó su inicial posición de tajante enfrentamiento a los planes norteamericanos y anunció que "Francia y Estados Unidos se encuentran en el mismo bote". Sólo los dirigentes alemanes, Gerhard Schroeder y Joschka Fischer, un tanto quijotesca mente mantienen su línea de censura principista a la gue-

rra anglo-yanqui y hablan de impulsar el proyecto de un sistema militar europeo independiente de Norteamérica. De manera general, el éxito militar estadounidense en Irak, junto con la hábil diplomacia de Colin Powell, han logrado superar las iniciales divisiones del campo occidental y reunir a todos sus integrantes en torno a la búsqueda de un programa post-bélico de reconstrucción y reorganización de Irak bajo tutela internacional. La brecha mundial entre quienes aprobaban o desaprobaban la guerra en sí, se transformará de ahora en adelante en una pugna de posiciones con respecto al grado de participación que le tocará a cada una de las potencias —y a la comunidad mundial representada por las Naciones Unidas— en el mencionado programa de post-guerra.

Aunque el secretario de estado Colin Powell ha dicho que su país asigna un importante papel a la ONU en el proceso de reconstrucción de Irak, es sabido que los "halcones" dentro del gobierno norteamericano quisieran reducir dicho papel a una presencia meramente simbólica. Los hombres de presa del complejo industrial-militar estadounidense ya han elaborado planes para el reparto del botín (los contratos de reconstrucción) entre corporaciones yanquis, y unas pocas inglesas, exclusivamente. Junto con ello, insisten en la designación de procónsules únicamente norteamericanos para la gestión del país ocupado: un capitán general militar y una gobernadora civil. En cambio, los países que discrepan del arrogante unilateralismo del gobierno de George W. Bush, junto con la opinión democrática mundial, exigirán que en el futuro manejo del problema iraquí la ONU ejerza toda la autoridad que el Derecho Internacional le asigna, correspondiéndole a ella y no al gobierno de Washington la administración y supervisión temporal externa del país.

Desafortunadamente, es probable que el mandatario estadounidense

y su equipo gobernante mantengan en el futuro cercano las actitudes unilateralistas e imperiales que demostraron hasta el presente, aunque éstas son repudiadas en forma cada vez más contundente y masiva por el pueblo norteamericano y sus mejores dirigentes. Lo han hecho ya los tradicionales grandes asesores del Partido Republicano y del primer presidente Bush, tan superior a su hijo en términos de visión política: hombres tales como Henry Kissinger y James Baker. Y en el bando de la oposición democrata abundan las voces autorizadas que se han pronunciado contra la guerra de Irak tal como se está conduciendo, desde recientes colaboradores y asesores de Clinton hasta viejos y notables estadistas de la era de Kennedy, tales como Robert McNamara y el eminente historiador y asesor presidencial Arthur Schlesinger, Jr. Sus voces se unen a las de centenares de intelectuales y artistas, y las del admirable pueblo norteamericano en manifestaciones cada vez más masivas.

Si algo en definitiva puede poner fin en el futuro al actual dominio en la política norteamericana de actitudes soberbias y agresivas, cuyo peor engendro es la peligrosa doctrina de la Guerra Preventiva, será la evolución de la política interna del país más que de presiones diplomáticas o de gritos de protesta externos. Una población que ya ha superado el trauma del 11 de septiembre de 2001 y en cuyo seno son mayoría aquellos que votaron contra Bush en el año 2000 y dudan de la limpieza de las elecciones de ese año, previsiblemente resistirá a la tentativa de convertir la victoria sobre Sadam Husein en un festín imperial excluyente.

Por otra parte, la guerra no ha resuelto problemas sino más bien agravado los que existen. La ONU sale debilitada, por lo cual pueden cobrar mayor ánimo todos los delincuentes internacionales que en el futuro quieran perturbar la paz. Las potencias medias y los países pe-

queños sienten mayor desconfianza y resentimiento que nunca antes hacia la potencia máxima. El mundo musulmán, herido en su orgullo y su dignidad, podría experimentar un "reflejo Malvinas" y cerrar filas aún con sus peores y más detestables elementos en contra de un Occidente arrogante. Todo ello es posible y el único antídoto salvador parece ser en definitiva —lo repetimos— el pueblo de los Estados Unidos, país en el cual se determina la historia de nuestro siglo.

Efectos en Europa y Medio Oriente

Las divisiones que la crisis de Irak causó en el seno de la Unión Europea y de la OTAN en realidad estaban en gestación desde hace tiempo, pero en el futuro seguramente se resolverán por el método inmejorable y civilizado de la negociación y de la transacción. Inglaterra, Francia y Alemania, el trío dominante de la UE (ya España le quitó el cuarto puesto a la controversial Italia), conservan como es natural sus identidades e intereses históricamente fundados y se requerirá por lo menos un siglo más para que se conviertan en meras provincias de una super-nación llamada "Europa". Últimamente, los intereses económicos alemanes y franceses se han acercado, a la vez que funciona (afortunadamente) la excelente "relación especial" de concertación política creada por visionarios estadistas de post-guerra, tales como Schuman, Monet, De Gaulle y Adenauer. Inglaterra ha acentuado, bajo Blair, su orientación "atlantista" de alianzas estratégicas multiformes con Estados Unidos.

Por otra parte, existe en el seno de la UE una marcada pugna entre los países miembros grandes y pequeños. Estos últimos, que abarcan al Benelux, Austria, Irlanda, Portugal, Grecia y el Grupo Nórdico, miran con recelo algunos planes de los grandes para fortalecer la autoridad y la duración en el cargo de las autoridades supranacionales. Por úl-

timo, los miembros de la UE se encuentran en desacuerdo sobre el programa de ampliación hacia el Este, que todos en principio han aprobado, pero que causa enormes dolores de cabeza: algunos estados ex-comunistas de Europa centro-oriental —atrasados, complejos, a veces histéricos, proclives a la genuflexión ante Norteamérica—, no serán asimilados fácilmente y el proceso resultará costoso.

Turquía —gran nación, democracia imperfecta, puente natural entre Europa y el mundo islámico— mostró su importancia durante la crisis de Irak. Su gobierno islamista moderado y su parlamento se enfrentaron con sorprendente entereza a la arrogante exigencia estadounidense de que se pusiese pasivamente al servicio de las operaciones militares occidentales. En cambio exigió el derecho de realizar su propia acción militar autónoma en el norte de Irak, en parte para golpear al nacionalismo irredentista kurdo. Comprensiblemente, el Occidente se opuso a esa pretensión, pero en medio de todo debe haber entendido que a los turcos no se les puede seguir tratando como pueblo de segunda categoría. Se les necesita como parte de un intento de anudar el imprescindible diálogo entre las civilizaciones.

Entre tanto, prosiguió el conflicto israelo-palestino. El nuevo gobierno de Ariel Sharon, derechista como el anterior, golpea con dureza a la población palestina de los territorios ocupados e insiste en que no negociará con Arafat pero sí —en principio— con el primer ministro palestino designado hace poco. La parte palestina, por su lado, continúa en la incapacidad de impedir los actos terroristas que afectan a la población judía y la hacen considerar la represión como único camino confiable.

•••••
Demetrio Boersner

Dr. En Ciencias Políticas. Exembajador de Venezuela